

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

Publicación trimestral editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres

Director: D. PEDRO ROMERO MENDOZA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

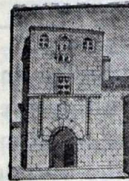
Palacio Provincial.—Plaza de Santa María, n.º 1.—Teléfono 21 15 84

IMPRIME: Imprenta Provincial.—Carretera de San Francisco, s. n.

SUMARIO

	Páginas	
Imagen universal de la causalidad rotativa y sentido moderno del estilo (Bosquejo)...	3	<i>Dr. Hermann Kuprian.</i>
Nuestros clásicos: El espino	24	<i>Carolina Coronado.</i>
Recuerdos: Un cuento oriental	25	<i>Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros.</i>
Ideario Extremeño	27	<i>Diego María Crehuet.</i>
Páginas antológicas: La rueda.....	28	<i>Francisco Villaespesa.</i>
España en Norteamérica: Alonso de León (Conquistador de Texas)	29	<i>José Sanz y Díaz.</i>
Cantos a San Pedro de Alcántara.....	35	<i>Fernando Bravo y Bravo.</i>
Alta Extremadura: La fiesta de San Juan...	37	<i>Valeriano Gutiérrez Macías.</i>
El arzobispado de Mérida en la Edad Media	43	<i>Valentin Soria.</i>
Pensamientos	45	<i>Schopenhauer, Bacón, Baileau, Balzac, Izarn Freissinet y Maquiavelo.</i>
Santa Rosa de Lima, misionera	46	<i>Teodoro Cepeda Gil.</i>
Llamas de Capuchina	47	<i>José Canal.</i>
Mujeres.....	48	<i>Manuel Ostos Gabella,</i>
El bombardeo de 1937.....	49	<i>Augusto Oliver Marcos.</i>
Lírica: ¡Don de Dios!.....	53	<i>Amenofis,</i>
Triunfante Asunción de la Virgen al Cielo ..	55	<i>Marcelino González-Haba.</i>
Concursos	58	
A España	59	<i>Edmundo Costillo Marín.</i>
Alcántara	60	<i>A Polo Bejarano.</i>
Por la geografía cacereña. Fiestas populares	61	<i>Pedro Romero Mendoza.</i>
Nocturno en la plazuela de San Mateo	63	<i>Isidro Melara Berrocal.</i>
Perfil evangélico: Era dición profética.....	64	<i>Rufino Sail.</i>
La infinita tristeza	65	<i>Julián Gustems.</i>
Versos andaluces: Drago íntimo	71	<i>Vicente González Ramos.</i>
Dos cartas relativas al Proyecto de Parque Forestal y Cinegético de la Sierra de San Pedro	73	
Himno de la Hispanidad.....	74	<i>Ricardo Becerro de Bengoa.</i>
Crítica sin hiel.....	77	<i>«Un Aprendiz de Hablista».</i>
Mirador: Crónica	79	<i>Augusto Oliver Marcos</i>
Recensiones.....	88	<i>Marcelino González-Haba, Isabel Alía Paços.</i>
Noticia de Revistas	91	<i>Equis.</i>
Libros recibidos	92	
Láminas.....	92	

Nuestros artistas: *Detalle de una tabla, de Eulogio Blasco. Fotos de Ediciones Arribas, Garrabella y F. I. T. E. R.*



ALCANTARA



D. Legal CC-26-1958

Año XXII

OCTUBRE-NOVIEMBRE-DICIEMBRE 1968

Núm. 153

Imagen universal de la causalidad rotativa y sentido moderno del estilo (BOSQUEJO)

Por el Dr. HERMANN KUPRIAN

Presidente de la «Turmbund» y Caballero de Yuste.

Traduce: N. Sánchez Morales



LOS hombres nunca han desistido de buscar una explicación a los misterios del mundo. Sin embargo no han llegado a soluciones definitivas y sus esfuerzos siempre se han tomado como un incansable hurgar e investigar de la mente, a pesar de los muchos fracasos. De ahí que quede palpablemente manifiesta la irreconciliación del espíritu humano con el mundo, tal cual se presenta, lo que nos permite deducir una especie de ley general, algo así como la de una obligada transformación, la de un continuo ser de otra forma, la de un anhelo de contrastes nunca satisfecho o de una polaridad humana.

Sin embargo, con este juego de pensamiento —señalémosle desde un principio como tal—, no se pretende más que visar nuevos aspectos de algunas ideas y viejos pensamientos. No se trata, ciertamente, de una filosofía nueva, sino de considerar hasta qué punto el arte de hoy día puede basarse en un cambio de nuestro pensamiento.

La base fundamental de nuestro pensar estriba en la capacidad de

sacar conclusiones, esto es, de reconocer y realizar el luminoso enlace entre causa y efecto. De ahí que siempre constituya un problema, el de si los conocidos procesos lógicos, anudados por el hombre, poseen universalidad más allá de éste, o sea, fuera del mundo percibido por nuestros sentidos. La concatenación de causa y efecto constituye, propiamente, una insatisfacción (evidente, en realidad, al hombre).

Será sólo imaginación el suponer que la ley de la causalidad se comparta de manera distinta en otros seres (y también en otros astros) o que, en principio, no existiera. ¿Se da acaso la libertad absoluta exenta de causalidad? Nosotros nunca la hemos conocido. Como hemos dicho (apoyados en la experiencia de los sentidos y del pensamiento), para los hombres sólo son válidas las leyes de la lógica causal. Pero en último extremo, estas leyes son sólo conclusiones analógicas, esto es, conclusiones deducidas de repetidas observaciones, pero que no excluyen otras posibilidades. Las ciencias exactas, con sus métodos especulativos y empíricos, a manera de modelo, forman la base para la aplicación de la imagen del mundo. Mas sin embargo, esta imagen no puede satisfacer, porque, según este modelo no puede explotar aquellos campos del espíritu, a los que no quiere renunciar nuestra alma y que han llegado a ser imprescindibles para ella. Los campos del espíritu y de la materia, son esencialmente campos distintos, separados, y distinta es igualmente la manera de obrar en el uno y en el otro. Los supuestos según los cuales un efecto no puede lograrse más que a través de una causa, se comportan en el terreno material según las reglas de la Física y de la Química y, en el espiritual, según las de la Psicología. Y, no obstante, confluyen los límites de la espiritual y de la material.

Una de las leyes fundamentales, descubierta por J. M. Mayer en 1842, y redactada de nueva forma más tarde por Alberto Einstein, es la de la conservación de la energía. El total de energía permanece invariable a pesar del empleo de la misma. Esta ley se realiza en todos los campos, cuando logramos corriente eléctrica, luz, calor, movimiento, etc., a base de la fuerza del agua que se precipita de lo alto, o cuando a causa de los procesos químicos la misma materia se transforma en otra. A pesar del continuo cambio y de la aparente pérdida de energía, la suma de todos los efectos da siempre idéntica cantidad de energía.

Además Einstein define la energía como el producto de «masa por velocidad de la luz al cuadrado» y habla de la identidad de materia y energía. El universo es un eterno reencuentro de billones de causas

y efectos, pero ningún caos, antes al contrario una inverosímil maravilla de simetría y armonía todo fluye en un eterno llegar a ser y suceder. Sin embargo, la forma de comportarse la energía anímica no ha podido comprobarse, aunque el científico Guillermo Osvaldo pretenda adscribirla al campo de las fuerzas materiales.

Dado que la suma de efectos da siempre la misma cantidad de energía ¿por qué aplicar este principio físico al campo psíquico? Para fundamentar esto se impone una investigación clara y precisa. En numerosos ejemplos se hace al menos, sospechar. La vida del alma no es comensurable en el sentido usual de la palabra, aunque se halle íntimamente ligada a los procesos del cuerpo.

II

¿Cuál es la situación del hombre en el Cosmos? ¿Qué aporta él al Universo? ¿Cuál es su misión, su postura, dentro del orden universal? ¿Se halla dirigido por un Ser superior o acaso encuentra él, dentro de sí mismo, el orden?

No poseemos espacio suficiente en este ensayo para contestar a todo esto. Dado que existen muchas incertidumbres e inseguridades no nos queda más que aquella solución obligada que conforma la mayoría de nuestras relaciones con el tú, esto es, la fe. Creemos cuanto nos presenta la vida diaria; creemos en nuestros sentidos, nuestro yo, nuestra lógica, nuestro poder discriminador, vecinos, prensa, literatura y ciencia. Y, sin embargo, sólo podemos comprobar muy poca cosa y ésta con unos medios en los que previamente hemos creído.

De ahí que tengamos que acudir al problema de Dios y su Ser. Muchos son los libros escritos sobre Dios, de cuyo nombre se abusa en cosas intrascendentes. Existen concepciones y matizaciones diferentes. ¿Es de necesidad absoluta aceptar la existencia de Dios? ¿Acaso la causa de esta aceptación no es más bien la necesidad que siente todo hombre de poder hablar en todo tiempo con un Tú, con un vecino más poderoso que él y que pueda ayudarle? ¿Es Dios quizá una función sociológica de nuestra alma? En cualquier caso no hay otra demostración exacta de Dios, que la de la general identificación del Ser con El. Quien tiene necesidad, —noble necesidad— de creer en Dios y de descifrar los oscuros enigmas del mundo valiéndose de la ayuda divina, previamente tiene que prefigurarse a Dios para saber quién es aquél en el que cree.

¿Cómo, pues, concebir a Dios? Vale la pena formarse de El la

idea más verosímil y ésta es la antropológica, o sea, aquella imagen que encierra paralelismo (analogías parciales), con el hombre. Sólo así es posible lograr la unión de Dios con el hombre. Ya la Biblia, libro de los libros, libro revelado según fe universal y base de las religiones mosaicas, islámicas y cristianas, el confesor de las tres cuartas partes del mundo, dice en sus comienzos:

«Dios creó al hombre a su imagen y semejanza» (Gén. 1,27). Dado que al hombre sólo le podemos concebir como ser vivo, en cuanto que es mezcla de cuerpo y alma (lo que, en realidad, pide un fundamento explícito), dado que ni el alma ni el cuerpo, aisladamente, pueden formar al hombre, se refleja en este compuesto vivo de cuerpo y alma la protoimagen de Dios. De ahí, que a través de la «semejanza de Dios» (Gén. 1,26), intentemos llegar incluso a Dios, como una prueba de la Revelación. Según esto el hombre no es sólo espíritu ni sólo cuerpo. A Dios hay que creerle como un Ser vivo, cósmico, de cuerpo y alma. Como un Dios personal, tal cual el hombre es persona, una concepción que brota tanto de la Revelación natural (si creemos a nuestros sentidos y a nuestro entendimiento), como de la Revelación de la fe.

El hombre puede conversar con Dios, pedirle, rogarle. La contestación la recibe el orante en sí mismo. Dios, como la mayor analogía (como el todo análogo a las partes), despierta en nosotros confianza, como un padre o una madre, como productor y engendrador de la vida («Padre Nuestro»).

El hombre tiene con Dios una comunidad de descendencia, de coexistencia con El como él «Yo Soy» (de la «summidad»). La familia, con sus elementos hombre, mujer e hijos, es también imagen de Dios. El es el ornato del mundo, el cosmos de sí mismo. El apelativo de Dios como «el Bueno» no señala la esencia de Dios como Ser, pues tal apelativo sólo alude a un concepto moral. Bueno y malo sólo se da en las relaciones humanas. Dios está por encima de todo código moral, ya que El mismo es quien lo ha creado. El existe en todo. El es Yavhé, «Yo soy el que soy». Así se le invoca en el Antiguo Testamento, ese es su verdadero nombre y como tal «Yo Soy», (como «Summitas in Summitate») aparecerá en adelante en este ensayo. Fuera del «Yo Soy» no se da existencia alguna.

III

Mi fantasía, con estas piruetas mentales, se ha adelantado un poco. Quiero volver al tema primario de la «Causalidad rotativa». Ella

es la base de una concepción cósmica del mundo, que ve a Dios (al «Yo Soy»), en todas las cosas. Ciertamente hubo y hay concepciones parecidas panenteístas, que no sólo cobran hoy actualidad por los descubrimientos y conocimientos científicos, sino que incluso han encontrado un gran mecenas y protector en el jesuita P. Teilhard de Chardin, teólogo e investigador de la naturaleza. Su doctrina sobre la evolución constituye la base de la moderna teología.

Entre las demostraciones corrientes de la existencia de Dios, la más conocida es la de la causalidad. Se acepta que todas las cosas y todos los eventos tienen una causa. La causa misma es a su vez efecto de una causa anterior... Así se deduce la demostración lineal de todas las ramificaciones de una escala de causalidad, hasta que por una atrevida anudación, como última causa inexplicable, nos encontramos con un milagro, es decir, con el Dios incausado. Se pretende demostrar la causalidad de las cosas eliminando la causalidad de Dios. ¿Pero, quién ha creado a Dios? Esta pregunta parece absurda si prolongamos esta concatenación lógica de la investigación lineal, sin, previamente, poner un tope místico a nuestro pensar, la demostración lineal de Dios, cual otra escala de Jacob apoyada en los cielos, termina en las nubes. Pero si, por el contrario, aceptamos a Dios como el Yo Soy (SUMMIDAD) del Universo, como el que existe sólo en sí descansando, viviendo y creando, como un eterno milagro del llegar a ser y del cambio inherente al mismo, llegaríamos a pensar de otra forma, a apoyarnos en la causalidad rotativa.

La expresión la tomo del siguiente ejemplo: Así como los eslabones de la cadena de una bicicleta engranan en el piñón y girando hace correr las ruedas, del mismo modo, los miembros que causan y efectos se anudan al Principio, fundamentan todas las relaciones causales. Estos miembros, causas y efectos, están continuamente en movimiento y por fin se unen al punto donde comenzaron, en un sencillo giro circular, en una serie rotativa, o también, empero, en un anudamiento múltiple y plural. Forman un círculo cerrado, esto es, se encierran dentro del «Yo Soy», tal vez como la circulación del agua en la atmósfera o de la sangre en el cuerpo. No hay ninguna existencia por Dios, fuera de El. La creación coactúa también hoy en el espíritu y cuerpo del Yo Soy. El Yo Soy no es ninguna causa final o término, sino una causalidad inmanente, paralela a la ley física de la conservación de la energía. Todo fin supone un nuevo principio y esto se repite constantemente en el Yo Soy. (Nota del Traductor.—La corporeidad que aquí se da a Dios es expresión de sus

actos creativos, materiales, en el cosmos, y de su generación en el Hijo. Se habla aquí de corporeidad, por analogía; porque Dios, como espíritu puro, ni tiene cuerpo, ni alma, pero es persona; por analogía con el hombre es persona y tiene alma en el Espíritu Santo y Cuerpo en Cristo).

IV

Una ulterior ley del Yo Soy, tal cual yo la concibo, viene a ser así: El Yo Soy no es inmutable, aunque para nosotros lo sea, sino que encierra en sí un eterno cambio; lo es sólo para el hombre que lo observa, hombre mortal que sólo puede conocer unas pocas relaciones. Precisamente en la variabilidad se muestra la Omnipotencia del Yo Soy: Su fuerza creadora, su fantasía y su vida. La estabilidad significaría muerte o debilidad. Omnipotencia es el signo de fuerza ilimitada para producir cambios. Para nosotros se nos presenta la creación como estática, algo así como la imagen del fuego en una fotografía. En realidad la imagen del cosmos es una Sección transversal dinámica de la vida, que descansando en el pasado se traslada al futuro (Teilhard de Chardin).

El que nos imaginamos al Yo Soy como un ser pensante y creador prueba que le atribuimos la facultad de tener pensamientos, imaginaciones, impulsos sensibles, decisiones, aunque todo esto ya esté predeterminadamente existente desde una eternidad. El hecho de nuestras oraciones presupone que queremos conquistarnos la benevolencia de Dios. Así la variabilidad del YO SOY es una de las mayores y más soberanas cualidades creadoras. Desconocemos, no obstante, cual sea el límite de esta variabilidad. No se puede atribuir al Yo Soy una limitación a esa variabilidad. La paralización sería muerte o impotencia en vez de Omnipotencia. Cierto, el Yo Soy no podría conocerse a sí mismo, si, como presupuesto, no poseyera esta cualidad de la variabilidad, el poder ser de otra forma a la de sus pensamientos y situaciones. El es el gran Variable.

V

Mas alguno se preguntará qué valor tienen los mandamientos morales del hombre, dado que el Yo Soy vive en nosotros, e incluso, nosotros formamos un algo de El. ¿El Decálogo, la vida de cristiano, tienen algún valor ante estos conceptos del Yo Soy? Examinemos las relaciones de los 10 Mandamientos con la comu-

nidad cristiana. ¿Podría pecar un hombre si viviera para sí mismo, excluido de esa comunidad? ¿Podría pecar sin Dios, sin las criaturas? ¿Acaso en una isla solitaria? ¿Podría robar, matar, cometer adulterio? Aun cuando quisiera, nunca podría ser él ley de sí mismo.

Así pues, los 10 Mandamientos, como todos los demás que gravan la consciencia, sólo llenan un objeto social para con la humanidad. El Decálogo es la mayor garantía, la ley fundamental, sin palabras, de todo Estado. Esta ley obedece a una necesidad moral, innata, y obra como la ley de la conservación de la especie humana tomada como «Zoon politikón», como organismo colectivo, sin referencia alguna a Dios. La transgresión contra este instinto colectivo se dirige contra Dios sólo en cuanto la humanidad pertenece a Dios y Dios, con las demás criaturas, tiene parte en el hombre. El pecado daña al organismo «Humanidad». Sólo la moral puede desarrollar este organismo de una forma armónica y el bien y el mal expresan tan sólo utilidad o daño.

El Yo Soy, según nos dice el Antiguo Testamento, como Ser soberano, ha suprimido con frecuencia algunos mandamientos morales, cual sucedió con Abrahán e Isaac. El es el Señor de la Moral, También Cristo permitió, en ciertas circunstancias, coger las espigas del campo ajeno o la salvación de un animal caído en un pozo, en un sábado. El bien de la humanidad precede a la moral: ésta no ha sido introducida a causa de «Dios», sino a causa del hombre y a éste sirve.

Según aceptación general, el pecado es una ofensa a Dios. Se debía también evitar la ocasión del pecado o esencialmente no crearla. Pero también existen religiones que obligan a sus creyentes a ciertas prescripciones rituales, constituyendo a veces pecado la omisión de las mismas, con lo que obligan a que Dios sea ofendido por una omisión humana. Estas religiones se sienten más fuertes que Dios y se permiten imponer a Dios obediencias, lo que, si bien se piensa, es una gravísima ofensa a Dios. Pero si El es conocido como el Yo Soy, se podrían justificar tales prescripciones, pues los hombres, como partes de ese Yo Soy, también pueden hacer prescripciones yo-soi-nas en la medida de esa participación. (*La Iglesia como Cuerpo Místico, y el hombre como herencia de Dios, pueden prescribir, pues lo hacen en función de esa participación de la filiación divina. Nota del Traductor*).

Surge aquí la pregunta de si las leyes y prescripciones estatales no tendrán el mismo valor ético y si para ello se necesita la existencia de una Iglesia; ¡pero que la Iglesia sea una Iglesia de amor y que

guste de enseñar a los hombres los caminos más simples y sencillos que conducen a la salvación y bienaventuranzas!

Si el mantenedor y administrador de una autopista permite un obstáculo en la carretera, causa posterior de un accidente de tráfico, no echaremos la culpa de tal accidente al conductor del coche, sino a la administración de la autopista. Tal es el caso en la carretera de la vida, sobre la que corre el hombre.

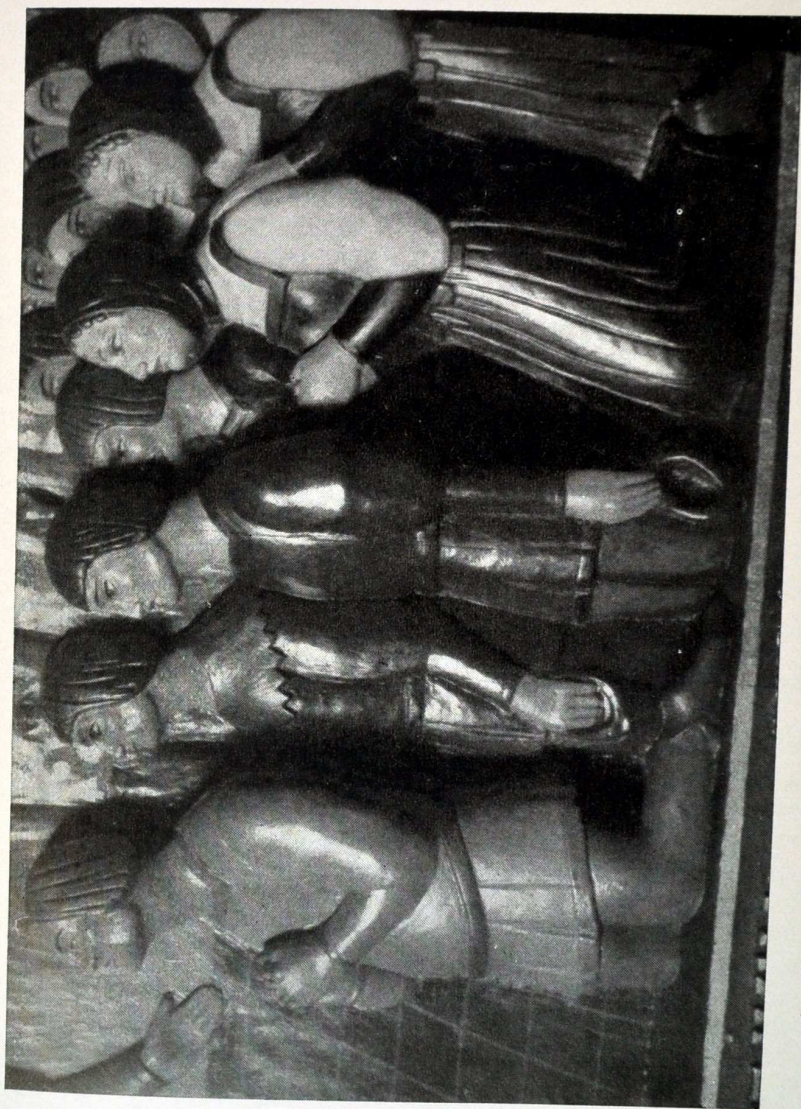
El Yo Soy está por encima del bien y del mal. En El se encuentran todos los opuestos, pues los neutraliza. (*Concordantia oppositorum*» de Nicolás de Cusa. *Nota del Traductor*). Dios está en todo. Nada existe fuera de El: ni buena ni mala existencia. Si se quiere explicar, teológicamente, el mal tan sólo como falta del bien, entonces habrá que reconocer al hombre malo o defectuoso como una parte del Yo Soy.

VI

De la visión de estos aspectos brotan nuevos impulsos para el arte, la poesía, la ciencia y la teología. De la concepción de la causalidad rotativa (referida, a la circular) o plural, (referida a lo múltiple), podría surgir, por ejemplo, un estilo que no conociera ninguna culminación, sino una visión pluralista del mundo y de la palabra. ¡Qué fina y bien entramada contextura podría ser el lenguaje, algo así como la que encierra el cristal! ¡Rebosante de misteriosas relaciones, lleno de una gran transparencia inmanente!

Porque, partiendo de esta concepción, el lenguaje no sería ya telar; es decir teleológico, dirigido al tú, sino que tendría su propia vida en sí. El tú está dentro del mismo hombre como una imagen, como una analogía del Yo Soy. La poesía, el arte todo, es un monólogo y, por ello, una conversación íntima con el Yo Soy, pues el tú es el yo.

Mas retornemos a nuestro punto de partida. Dije que esta concepción podría prestar también nuevos impulsos a la Teología, quizá anudarla a la de Teilhard de Chardin. La imagen moderna del mundo, surgida de la física y de las ciencias naturales, pide una síntesis mental con las tradicionales concepciones teológicas, en el sentido de una evolución teilhardiana. Teilhard acepta la dirección de la evolución, partiendo de los eventos biológicos, por ejemplo de la transformación de la substancia de los nervios. El materialismo, el ateísmo, el cristianismo, incluso el culto a los dioses de los hindúes encuentran en esto su fundamento. Igualmente la doctrina griega so-



NUESTROS ARTISTAS.—«Detalle de una tabla sobre Fuenteovejuna», de Eulogio Blasco.

bre los dioses es más universal y espiritual de lo que generalmente pensamos, pues la mayoría de sus divinidades y semidivinidades no son más que símbolo del Yo Soy cósmico, ya que cualquier existencia está en el Yo Soy y nada se escapa a su influencia. Del mismo modo este Yo Soy es la materia primera de los materialistas, el gran poder de los ateístas que no sienten a Dios, el Cristo de los cristianos (y Cristo es el Hijo), como igualmente se encuentra en los dioses y semidioses de los paganos. Girolamo Savonarola dijo una vez: «La existencia espiritual se expresa en dos formas; en una de naturaleza y en otra de gracia. Gracia es participación de lo divino (Savonarola «Predicaciones y escritos»).

No se me querrá decir que «Dios» no esté en todo, porque El no pueda ser malo como los hombres, y que los hombres no puedan participar de El. Ciertamente que es objeción digna de tenerse en cuenta, pero muy relativa si la referimos al hombre. El Yo Soy, vuelvo a acentuar, está por encima de lo malo y lo bueno. Por lo demás esta característica contradictoria del hombre, con su oscilación entre lo bueno y lo malo, constituye una semejanza, pues el Yo Soy lleva también en sí las llamadas tensiones de los opuestos. Si tales opuestos son posibles en la naturaleza, también pueden darse en El (en su «Concordantia»), de lo que deducimos la polaridad del Yo Soy.

Del mismo modo la Trinidad, tal cual la enseña el cristianismo, está prefigurada en el Cosmos: materia, espíritu y vida.

El hombre, como afirma la Biblia, fue hecho de barro y espíritu, no como algo nuevo, sino como un compuesto de elementos ya existentes: de la materialidad de la tierra y del soplo del Omnipotente. En este aspecto, (naturalmente es sólo fe) hay que reconocer a Cristo como la fusión más perfecta, como el nuevo Adam, como el centro de todos los tiempos, como la suprema perfección, como la armonía de los polos, engendrando de una Madre corporal y de un Espíritu yo-soino, bautizado en agua de la tierra y en la embajada espiritual de la voz celeste y la paloma. Y toda la humanidad es Cuerpo Místico de Cristo, aquella unidad que permanentemente se realiza en la polaridad. Sí; el cristianismo podría ser el pleroma del mundo, nosotros, hijos del Yo Soy, hermanos y hermanas del Dios hecho Hombre.

VII

¿Qué es la muerte? En medio de la vida (a pesar de la fusión de la vida yo-soina en Cristo, a pesar de la «redención»), la muerte pe-

netra de una forma palpable y lo quiebra todo. Ella constituye el problema central de esta imagen del mundo.

Antes de pasar a decir lo que es la muerte hemos de comprender lo que es el surgir de la vida, esto es, la eterna creación en y del Yo Soy.

La variabilidad, que hemos propuesto como tesis básica, nos presenta el Yo Soy como eterno Creador, un eterno modelador de lo nuevo. Compone y fuerza a descomponer. Pero todo en sí mismo. También el hombre engendra de sí mismo a otro hombre. ¡Que imagen más maravillosa la que el Génesis nos ofrece de la creación!: «El espíritu de Dios se mecía sobre las aguas. Así separó El la tierra del mar». ¡Y cuán bella la descripción de la encarnación del hombre!: «Tomó barro, formó el cuerpo y le insufló el alma en la nariz». ¡Un alma del ya existente hálito de lo eterno! Su espíritu bogante, reunido con la materia, aunque ya quizá preformado en el animal en un gesto de siglos. ¡Que comparación! Pero aunque todo este relato de la creación no figurase en la Biblia, podríamos llegar a esta maravillosa visión.

Gottfried Benn, el místico diseccionador, alude a esta vida que se iba formando y aumentando en la misma creación: «Contempla, pues, todo el caos de los sucesos, el que brota de las relaciones de unos hombres con otros, todo ya sueños soñables y añoranzas experimentables, que permite reducir todo de forma plena a unas pocas funciones, y que se reflejan en cada célula sin pronunciar una sola palabra. (G. Benn, «Conversaciones»).

¿Porqué el hombre se descompone con la muerte? ¿Porqué se separa, de nuevo, el espíritu yosoino del cuerpo también yosoino? En los tiempos modernos se han ocupado de este problema importantes escritores existencialistas como Heidegger, Camus, Sartre, Anouilh, y todos ellos coincidieron en que la vida es un absurdo, que el hombre está como lanzado a su destino.

No se puede dar una respuesta satisfactoria a este «porqué», a no ser que aceptemos que el Yo Soy polar busca refundirse con lo perfecto, alejando de sí toda la imperfección. La Biblia dice que la muerte vino al mundo como castigo a la imperfección, precisamente para castigar el pecado de Adán y Eva. Creemos que con Cristo poseemos la más perfecta divinización y en nosotros se realiza por su Cuerpo Místico a través de la tercera Persona de la Trinidad.

El ejemplo de Cristo es el nuevo camino para la perfección. De ahí que la muerte sería algo no natural, porque el destino natural del hombre es la permanencia eterna en una fusión con el Yo Soy.

¿Cómo puede el Creador, que se conforma en nosotros, destruir su obra? Habrá que aceptar, para ello, que Dios, en nosotros, se daba a sí mismo existencia. No; El sólo se dio en Cristo.

Pero con esto se nos plantea el problema del matar, de la guerra, de la autodefensa, del aborto, de la pena de muerte, del suicidio. ¿Puede el hombre actuar violentamente sobre el proceso de esta fusión yosoina, sobre la vida? ¿Acaso el hombre no tiene el deber de conservar y mantener el absoluto derecho a la vida, de cumplir con este deber absoluto de la vida? Anima grandemente el que ciertas religiones aprueben la ejecución de personas en la guerra y en los tribunales de justicia, y condenen en cambio el suicidio. Habría que admitir que el hombre, en primer término, es señor de su mismo cuerpo, pero no del de los demás. En un mundo futuro deberá prevalecer el derecho individual a la vida. Grandes revoluciones se desencadenaron para defender los derechos de igualdad, libertad, trabajo y bien social.

Pero en lo futuro debería surgir una revolución mayor en defensa del derecho, sin excepciones, a la vida. Sin embargo, tal revolución que va contra la guerra, la pena de muerte, el infanticidio... debe organizarse y ser batallada no tras las trincheras y barricadas sino dentro de los corazones de toda la humanidad.

No cabe duda que el Cristianismo, por el acto de la redención de Cristo, ha prometido al hombre encontrar de forma transfigurada la fusión del cuerpo con el alma, a base de una resurrección tras la muerte. Creer en esto es una de las más consoladoras creencias. Según ello la muerte no sería el fin, sino la plenitud de la esperanza en una vida nueva y más perfecta. ¡Qué posibilidades se deducen aquí para el arte, para el poeta! Este misterio puede constituir para nosotros los hombres modernos, en medio de la irrupción de las ciencias y de las convulsiones del pensamiento, un evento nuevo y creador.

VIII

El acontecimiento de esta imagen rotativa del mundo, asentada sobre las variadas relaciones causales, pero nunca fuera del Yo Soy, materia-espíritu, nos introduce en el nuevo estilo de la vida y el arte. El hombre ciertamente no es libre, en tanto que busca fundamentos, es decir, motivos más sólidos para todos los eventos, para su obrar y sentir y sólo es realmente libre si obra prescindiendo de la causalidad. El ser consciente de esto, el disolver las relaciones de causalidad y plantear hechos verdaderamente libres, resulta tanto más difi-

cil, cuanto más se socializa la humanidad. Merece la pena buscar un nuevo estilo en medio de todas estas dificultades. Este nuevo estilo de vida, real y, no obstante, llameante en plena consciencia de libertad y transparencia, nos muestra la unidad de divinidad y mundo. Todo es transparente, todo queda descifrado y con barruntos de una realidad progresiva. Toda culpa del hombre se convierte en consuelo; todos los destinos se hacen más llevaderos, ya que pueden observarse como apoyados en el eterno Yo Soy, incluso la misma condenación (creída).

La causalidad psicológica puede ser sustituida por un comportamiento ético basado en una libertad absoluta, (al menos sentida como absoluta), quizás como cuando a la injuria sigue el perdón y no la natural reacción psicológica de venganza. Un hombre que obra con un amor consciente del Yo Soy, es libre. (Sin embargo, hay que hallar para esta decisión ética un fundamento, esto es, un motivo más sólido, quizá el conocimiento de la necesidad del perdón o del gran plan cósmico universal del Yo Soy).

Merece especial atención el hombre que crea, el pintor, el músico, el inventor, el poeta; en ellos se repite, de forma singular, la eterna fuerza creadora del Yo Soy. Tal concepción creadora del mundo se enfrenta con la concepción inspiradora. «Sólo existe quien crea valores», exclama Miguel de Unamuno. Y el filósofo alemán Gottfried Wilhelm Leibnitz llama al poeta «pequeño dios», puesto que crea de nuevo el mundo.

El lenguaje adquiere un significado nuevo, especial, con el eterno pensamiento creador del Yo Soy: Hasta se le toma, tan sólo como medio de comunicación dirigido al tú. (Así por ejemplo Ferdinand Ebner, Martin Buber, Edmund Husserl, Sören Kirkegaard. Franz Rosenzweig escribe: «Nunca ha existido el lenguaje, antes todo era coloquio». Martin Buber en su «Ontología del Entre»: «La palabra surge de la conversación auténtica, lentamente, principalmente, entre hombres que están ensimismados e iluminados en su intimidad por la dinámica de un co-estar elemental, y esta dinámica de las relaciones, cual sustancia portadora del «Entre», la recoge la palabra del centro eterno del Ser»). De esta forma el lenguaje se nos presenta ahora como una evidencia, como la realización abstracta de ideas inmanentes, creadoras, como reflexión del símbolo del eterno Yo Soy, como una nueva creación del misterio de la Trinidad. La poesía se convierte así en una analogía del eterno realizarse, consciente del Yo Soy. «Yo Soy la palabra, la verdad y la vida». Este Yo Soy no tiene ninguna dirección, sino sólo existencia. Este es el verdade-

ro destino cósmico del poeta, un destino orfeico, un quemarse en el espíritu del Omnicreador, alegría de su eterna existencia.

Bajo esta visión orfeico-cósmica, la fuerza simbólica del lenguaje cobra nuevos impulsos. Esta fuerza simbólica es el centro del hombre, como lo es de cualquier clase de arte.

IX

El lenguaje es pues una fuerza creadora. Adán, así se lee en el Génesis, dio un nombre a todas las cosas, aún antes de que Eva, su compañera de lenguaje, su tú, fuera creada a su lado. Adán identifica la cosa con la palabra. Toda criatura tiene un nombre, también el Yo Soy: «No debes deshonrar el nombre de Yavhé», ordena el decálogo porque el Yo Soy mismo es la Palabra, porque El se repite en su nombre. «Al principio fue la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios y Dios era la Palabra», reza la primera frase del evangelio de San Juan. «Santificado sea tu Nombre», decimos en el Padre Nuestro. Los nombres no tienen la finalidad de comunicación, no están dirigidos al Tú, no narran, pertenecen a la esencia de las cosas. Lenguas primitivas, como la China, conservan todavía esta función. Sólo los verbos atan los nombres, indican relaciones y sirven de comunicación con el tú. Pero los verbos han llegado después que el nombre.

En principio fue el nombre, el llamado sustantivo, o la forma infinitiva del verbo para expresar ciertas actividades, ciertas relaciones primarias. Aún hoy día hombres de diferentes idiomas chapurrean su lengua de esta forma.

¿No es acaso maravilloso que en la poesía moderna sea precisamente el sustantivo, el llamar a las cosas o el verbo en infinitivo para indicar las actividades, el que desempeña el principal papel? ¿Acaso sea un eco poscreador, mágico del Universo? ¿Pretende el lírico, al nombrar las cosas, fundirse con ellas como si él fuera el mismo nombre? Aportemos varios ejemplos de poetas austriacos en los que se percibe este clamor conjurante al llamar las cosas, incluso por frases perfectas que forman un todo. Tales enunciaciones son como inspiradas y retocadas obras de delicado pincel.

«Gotas del mar
sobre mi frente.
Fuego en el oído.
Sol, rojo a la mañana,
bajo entornadas pestañas.

Y el delfín
de tu piel parduzca,
en mí, ahogada el alma.
Ondas tocan mi corazón». (Robert Schodterer)

De las metáforas e imágenes sugestivas, de frases que existen por sí solas y son como nombramientos de cosas, surge, tan sólo por la acción de la fantasía del lector, el cuadro total como resultado de la «lógica» que compone al mismo.

«Arpa de sueño,
sonido de cabello de seda,
canción azul como la noche;
en tu velo
teje su telaraña
la llamada
del pájaro.

En el espejo cantan blanco los abedules,
cabello azul,
canción de seda,
pájaro de arpa.

Los troncos ha tiempo su corteza dejaron,
las llamadas están oxidadas,
y en el velo
anida
la araña». (Heinz Pototschnig).

La exclamación «¡Oh poesía!» del expresionismo tiene sus raíces en esta cosmovisión creadora. La poesía quiere ser éxtasis, liberación, creación de una visión interior, y no comunicación. Lo oscilante, lo fácil que descansa en sí mismo, lo personal de la poesía moderna ha encontrado igualmente su mejor expresión en estos nuevos conceptos. La poesía, en un primer término, no está dirigida al tú. Si hace medio siglo Ferdinand Ebner hablaba de esta dirección primaria de la poesía al tú, no hacía con ello más que defender la literatura de ciertas tendencias religiosas y políticas. Pues la concepción de la palabra como atada a una finalidad no hace más que mostrar que no comprende lo que es la esencia de la poesía, lo que es lo específico de la creación, la nominalidad del lenguaje. La dirección hacia el tú parte del supuesto de que no existe originalidad en el lenguaje, que el tú expresado agota la expresión creadora de la palabra

y que ésta posee conceptos comunes a varias personas. Tal clase de literatura será tal vez importante, pero siempre de segunda clase.

Esta necesidad de lo espiritual, a pesar de su tensión, de no verse en primer lugar en una exterior comunicación, sino sólo de multiplicarse por la partición, como las células del Biocosmos de producir nuevas cosas a causa de su fuerza creadora, la encontramos nosotros junto a la cuna de todas las culturas. Goltfried Benn se expresa así: «Toda la humanidad vive de unos autoencuentros. ¿Pero quién es el que se mueve a sí mismo?» (Problemas de la lírica Wiesbaden 1959. pág. 44).

De aquí el falso concepto del poeta como profeta, que percibe una voz fuera de sí y «al parecer» comprende «palabra de Dios». El poeta no escucha lo de fuera, se forma a sí mismo.

Sólo en la medida en que se funde con el Yo Soy es predicador y profeta del supremo Ser. Lo mismo opina Nietzsche: «No quisiera recordar que mis mejores horas creadoras fueron las consumidas en el monólogo. En ellas el poeta se transforma en un niño o en anciano hablando consigo mismo, murmurando, susurrando, cantando en realidad, poetizando. Siendo yo aun un niño, iba una vez en mi flamante bicicleta, una mañana de fría escarcha. El sol salía a mi encuentro por las dentadas montañas, que encuadran el valle del Lech, mientras yo avanzaba por las calladas praderas, que circundan al río. Ensimismado empecé a cantar, un canto inventado, expresión de estado interno. Mientras corría componiendo, hablando, balbuceando. Si me encontraba con alguien me callaba avergonzado. Me hacía callar la vergüenza de mostrar mi creación al tú, el temor a desvirtuar y profanar mi lenguaje con una pequeña manifestación al exterior. ¿No le sucede otro tanto al solitario Jodder, aplanado por la magnitud de la montaña? El poeta crea en el silencio, sin referirse en un primer término al tú. En la secundación, en el perfeccionamiento del proceso creador, el hombre que escucha no puede ya seguir al poeta.

En este aspecto adquiere valor lo que dice Rilke dirigiéndose a aquellos que escriben con la mirada puesta tan sólo en sus coetáneos: «Sed no modernos un solo día, y veréis cuanta eternidad vive en vosotros. (Diario de los tiempos primeros. Leipzig 1942, pág. 77). Cuán incomprensiblemente haya sido expuesta «la misión» del poeta en los tiempos que siguieron a una guerra perdida, en la época de la reeducación usando palabras altisonantes y defendiendo sólo la llamada «literatura comprometida», lo podemos deducir de las frases de un ensayo que en otro tiempo causara gran sensación: «Co-

mo copartícipe del sufrimiento el poeta ha sido llamado por Dios a ser abogado de todos aquellos que, siendo víctimas inocentes del capricho humano y habiendo sido maltratados por el destino, no han podido encontrar un intercesor. El poeta puede recibir la misión de ser, en este caso, acusador y juez, precisamente cuando enmudecen los defensores profesionales de la moral y del derecho; pero Dios, si necesita profetas, puede prescindir de toda institución» (Ygnar Zangerle: *El destino del poeta*, El «Brenner», Serie 16, pág. 143). Y luego añade más adelante: «Puesto que los poetas... en su momento de gracia, un estado de bendito extrañamiento, tienen que reflejar la luz de la verdad divina, resulta que toda auténtica poesía es católica». (Ignaz Zangerle, *Destino del Poeta*, El Brenner, pág. 180). Opinamos que lo creador no puede ser sugerido a uno, sino que procede de un hallazgo en nosotros mismos, (no de un autoextrañamiento). Lo creador es el placer en la autopartición, en la repetición de la persona en otros, (y no como simple reflejo), es la verdadera analogía del Yo Soy. Ciertamente que el poeta puede ser abogado del oprimido, si procede por propio y verdadero impulso.

Pero para abogado está más llamado el político, si le asiste buena voluntad.

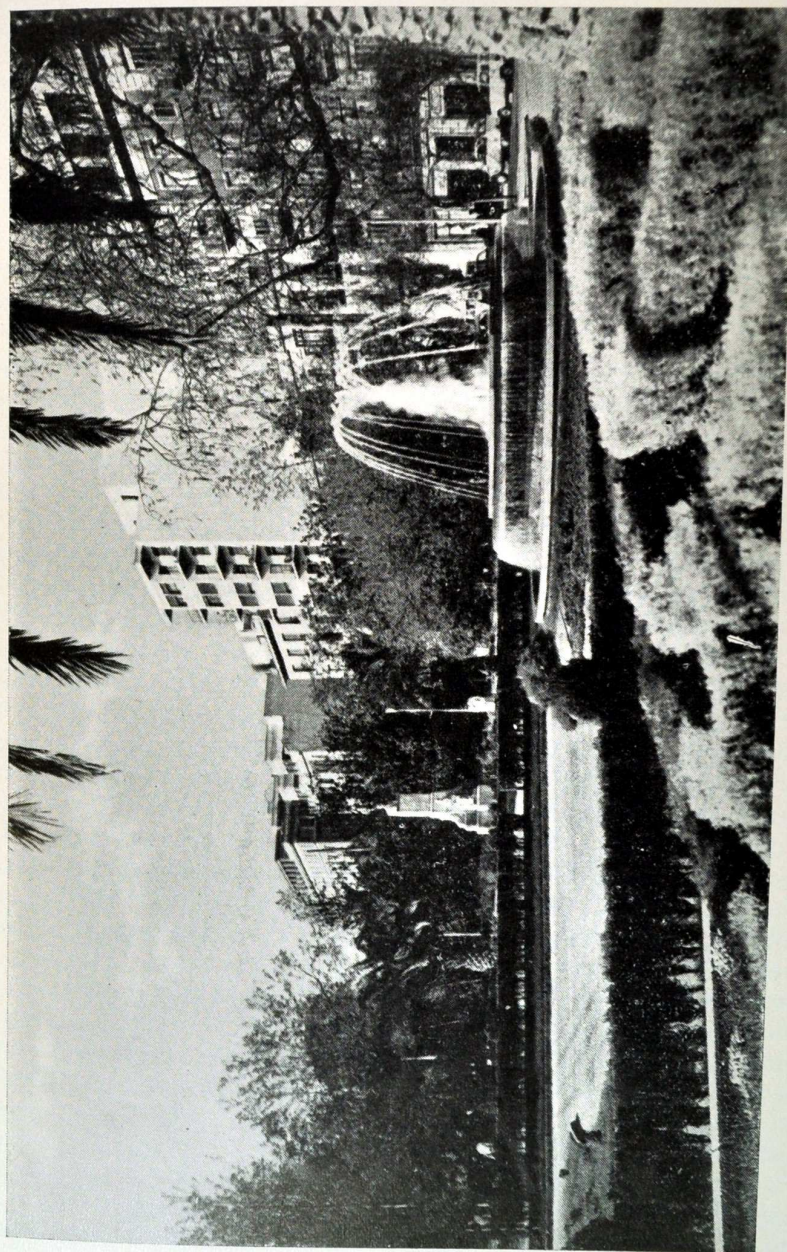
X

¿Cómo debe responder el arte a tal postura yosoina? ¿Qué significa análogo a la imagen universal creadora? De todas estas consideraciones se deduce cual es el centro de esta cosmovisión. Sencillamente: la medida, el equilibrio genial entre tensos polos, cargados y explosivos.

En el arte abstracto se manifiesta una espiritualización demasiado subida, ya que el observador sólo puede conocer el espíritu de la obra de arte a base del resalte de las líneas confusas. Abstractar quiere decir salirse (esto es, renunciar a las formas usuales de la naturaleza). Podría también pensarse que la abstracción invertida pudiera ponerse de moda: la presentación naturalista de la vida, sin espiritualidad alguna. La imagen universal de la causalidad rotativa exige un arte pleno, de amplios polos, con realismo mágico, a partir del cual actúa de modo igual lo transparente y destacado.

El arte precisamente está llamado a ser analogía de lo yosoino, a ser una nueva forma del renacimiento de la creación.

Si la obra de arte fuera tan sólo una analogía parcial, pequeña, (pues no es posible sea total), percibiríamos en ella el espíritu del eterno e impercedero mudador.



ALBUM EXTREMEÑO.—Paseo de Cánovas. Cáceres. (Foto Arribas).

El arte surrealista puede lograr esto en gran medida, puede cambiar cosas porque ve la unidad de las mismas y le es indiferente si existe o no distancia entre el poeta pensante y el objeto nombrado, o si todo confluye en un punto.

El verdadero valor se transparenta, el tiempo se elimina o involucra entre sí, y ya no se trata más de la secundación del lector, ni del mundo exterior perceptible, sino de las fuerzas intrínsecas, espirituales, que todo lo anegan: pasado, presente, futuro, utopía y realismo.

Bajo este aspecto este nuevo estilo es la espiritualización del mundo, la unión efectiva con el transfigurado Cuerpo Místico de Cristo, la percepción del Yo Soy y de la tercera Persona, que habita en El.

Sería interesante investigar hoy los medios del estilo: rima y ritmo.

No ha habido época más rítmica que ésta que vivimos. Jazz, danzas modernas, canciones de moda, lo mismo que las formas de manejar el color y el trazo en la pintura abstracta, la monotonía rítmica de los grandes rascacielos, los llamativos y sugestivos métodos de la propaganda, todo esto sobrecoge al hombre moderno en su rítmico sentimiento, lo enajena y le hace sentir que covibra con el Universo. El ritmo se impone por doquier y lo dirige todo. No sin razón invocaba Bertold Bredit un nuevo extrañamiento para devolver el hombre al pensamiento. La lírica actual gusta de lo sin rima, de lo libre, de la escisión, como ruptura con lo tradicional, (hasta en los experimentos ópticos y lingmáticos). Por esto esta lírica ha vuelto a conquistar el carácter primitivo del lenguaje, su poder creador, la irrepitibilidad de la palabra. La rima, por el contrario, como el ritmo al comienzo de toda poesía, significa repetición, recogimiento, eco, etc... Las poesías más antiguas de la humanidad conocen esta repetición como una rima de los pensamientos cual sucede quizá en los salmos del Antiguo Testamento en los que con variadas palabras se repite, en una segunda línea, el mismo pensamiento. O los giros estereotípicos y los adjetivos sumamente calificativos y ornativos de Homero. Los hebreos, los germanos, aisladamente los griegos y los romanos usaron mucho la rima lingüística, la consonancia. Luego, más tarde, en la Edad Media se impuso la rima terminal, que hoy está prohibida en ciertos círculos literarios. Sin embargo, la rima refleja una manera fascinante, la gran analogía, la cósmica yosoidad del hombre. Rima y ritmo expresan la inconsciente necesidad que siente el hombre de repetir, en sí, el Yo Soy. Forma

rígida y lenguaje abierto adquieren justificadamente su sentido con las relaciones mayores.

Bajo este aspecto queda también resuelto el problema de lo bello y de lo armónico. Es bello cuanto guarda correspondencia interior y exterior con el mundo yosoino, cuanto lleva en sí los signos creadores de la nueva creación. Esto es al mismo tiempo lo genial. Mas esta nueva creación no es precisamente una repetición de lo conocido en el sentido de una pluralización, sino como un algo que arrancara de las raíces mismas del Yo Soy, (algo original), que ciertamente no siempre es comprendido por aquellos que nos rodean y viven nuestro tiempo.

La alegría de esta nueva creación, que se palpa tanto en el arte moderno, brota mayormente de la renuncia a lo antiguo. Una creación genuina sólo la logran los menos. «Caminamos sobre las espaldas de otros», escribía Franz Werft (a Ernst Schönwiese). Este caminar sobre las espaldas y este anhelar cosas más elevadas constituye el verdadero progreso. Quien, por el contrario, se baja de estas espaldas y pretende ganar de nuevo altura desde abajo, busca conseguir un progreso dando un paso atrás.

XI

La cuestión del progreso ha degenerado en un problema de fe. En realidad es muy cuestionable si en verdad existe el progreso, o si más bien no constituya un retraso la búsqueda de la originalidad en el arte, ya que originalidad sin calidad se asemeja a un invento que no puede llevarse a la práctica.

Trasladado esto a lo universal, acaso se podría decir contradiciendo a la doctrina dialéctica de Hegel sobre la evolución, que existe el progreso, pero con relación a la humanidad y su historia que tal vez también exista un progreso biológico, (mejor aún un ser diferente, sin relaciones), pero que la suma de progresos y retrocesos, la suma final de todos los cambios en el Universo y en el gran Yo Soy, permanece igual. El saldo eterno que cuenta con el Yo Soy da siempre lo mismo. Sólo han sido intercambiados los números y cambiadas las sumas parciales. La historia nos ofrece el mejor ejemplo, lo da el nacer y morir. Los pueblos tienen su esplendor y su ocaso. La cultura de algunos pueblos de la época primitiva fue mayor que la que ahora tenemos.

¿Quién puede hoy igualar a un Homero, a un Eurípides, a un Shakespeare? Quizás el impulso hacia la originalidad aparente a ser de otra manera, sea ese misterioso impulso a comenzar algo de nue-

vo, y a no querer ninguna continuación. Es falso atribuir una menor calidad a la cultura de los primeros pasos de la humanidad. Todo es relativo. ¿Acaso no justifica esto que hablemos del «Punto Omega» de la evolución de S. final hacia el que se encamina todo el progreso?

Una dirección finalista de la evolución se puede observar partiendo de las funciones vitales (Teilhard de Chardin fue, ante todo, un biólogo). Pero la meta no es ningún punto, sino un estado escatológico, un asunto muy amplio, plural, y al mismo tiempo repartido y condicionado a la causalidad innata o inmanente del Universo, un tiiovivo de los miembros de múltiples cadenas, en el que cada miembro recorre rotativamente un determinado camino del progreso, llega hasta la cumbre y luego retrocede de nuevo. Bajo este aspecto, si Dios es el gran Yo Soy, la summidad, y todos nosotros vivimos inmersos en El, también encontramos una solución al problema jurídico de la posesión y propiedad, problema que viene ocupando, desde hace más de cien años, a nuestros partidos capitalistas y socialistas. Todo hombre tiene derecho a Dios, al Yo Soy.

De ahí que la propiedad pertenezca a todos por igual. Todo hombre desea administrar, en la medida de su capacidad, esta propiedad del Yo Soy. Y la desea administrar, en la medida que él pueda contribuir al bien común de la humanidad. En este sentido el imperativo categórico de Kant adquiere nuevo significado.

El arte barroco, por ejemplo, con su universalismo de épocas anteriores, el pensamiento indio sobre el mundo de las divinidades, el comunismo, todo encuentra aquí punto de parentesco. Las ciencias naturales, las doctrinas socialistas sobre el estado, las filosofías del empirismo y materialismo dialéctico, evolucionan, al fin y al cabo, hacia una teología del Yo Soy.

XII

Resumamos esta serie de pensamientos volcados en el ensayo. Me hago cargo de haber tocado mucho, a saltos, de una forma asistemática, como en una huída que fuera salpicando ideas. Algunas dejé de decir, otras se enumeraron como tesis, y muchas habría que aclararlas. La tesis básica de este bosquejo afirma que todo cuanto existe se identifica, (por analogía), con el Yo Soy, y al que hasta ahora se le ha dado el nombre de Dios (a excepción de en el Antiguo Testamento). Nada puede existir fuera del Yo Soy. La creación toda es yosoina. Todos los eventos, como cadenas de causas y efectos, son yosoinos, esto es, inmanentes y siempre causados. El Yo Soy es

eternamente variable y eternamente creador («Creatio continua» de San Agustín»). El Yo Soy es polar. De esta tensión brota (engendra da), la Vida, y Cristo, como segunda Persona del Yo Soy. El hombre es una analogía del Yo Soy. Todo cuanto éste produce es igualmente análogo. Las artes son verdaderamente creadoras y veraces, en cuanto nos dan nuevas visiones del Yo Soy. La belleza se basa en un determinado equilibrio, donde se funde la polaridad del Yo Soy. Lo bueno y lo malo sólo existe en el mundo del hombre. El pecado es lejanía del centro, de la belleza que irradia la fusión polar yosoina. La muerte es absurda, si bien comprensible. La vida eterna sólo existe para la perfección, (que nunca puede lograrse acá abajo), No hay que atender a la individualización en el Yo Soy, sino a la pancreación del Yo Soy, participación la mayor posible en el todo. El lenguaje desempeña un papel extraordinario como realización abstracta y espiritual del Yo Soy y, sólo por una segunda acepción, se convierte en nexo del yo con el tú. De aquí se explica una nueva concepción del arte, que contradice a la que hoy día se tiene. Su consecuencia es un sentimiento nuevo, amplio y transparente, del estilo. Por último, esta cosmovisión constituye un puente entre ateísmo, politeísmo, materialismo y otras corrientes semejantes, incluyendo sus doctrinas sociales.

El objeto ordinario del lenguaje es, en realidad, el de la comunicación, y a este fin concurren el yo que habla, el tú que escucha y el ello comprendido en la conversación. La función del lenguaje en la poesía es distinta. Así como la piedra bruta, en manos del escultor, pierde su función como piedra y sólo es materia para su obra de arte, así también el lenguaje es material modelable en boca del poeta. Así como en el aguamadre el cristal, de sus muchas partículas es reducido a unidad compacta, del mismo modo lo dispar o incomparable en el mundo de lo comprensible se transforma para el poeta en algo supracomprensible, cerrado en sí, que es la figura del organismo lingüístico.

Una relación entre el yo y el tú no desempeña aquí papel alguno. Incluso del mismo tú surge una visión nueva, al experimentar en sí, por la resonancia, la obra artística del lenguaje, y al vivir por esto en sí el mismo orden activo de las fuerzas, tal cual las sintiera el poeta al crear su obra de arte.

El sentimiento moderno del estilo debe, ante todo, tomar consciencia del poder creador, de la analogía, de la reproductibilidad del propio yo, pues sólo así podrá reconocer la obra de arte como una imagen refleja de su yo y éste, a su vez, del gran Yo Soy.

Organos rectores de esta revista:

Excma. Diputación Provincial.

Empresa que la edita:

Excma. Diputación Provincial.

No hay accionistas.

Nota informativa de su situación financiera:

Debido a la circunstancia de que la revista no utiliza la publicidad, y a que el precio de suscripción no excede de 25 pesetas al año, la situación económica es deficitaria, ya que los fines perseguidos son exclusivamente culturales.